

## EL OBISPO DON ALBERTO INIESTA JIMÉNEZ EN LA MEMORIA

LUIS GUILLERMO GARCÍA-SAÚCO BELÉNDEZ

Al iniciarse el año 2016, el día 3 de enero, domingo, nos despertábamos con la noticia del fallecimiento del obispo don Alberto Iniesta Jiménez, un ilustre albaceteño que nos dejaba discretamente, como había vivido en sus últimos años. Al día siguiente, el día 4, hubiera cumplido 93 años, cuando recibía sepultura en una capilla lateral de la antigua Catedral de Madrid, el viejo colegio de San Isidro. Cerca de donde también desansan los restos del histórico cardenal Tarancón.

Don Alberto Iniesta Jiménez había nacido en 1923 en la calle de Gaona, en la que su padre tenía una sastrería que todavía regentaba en los cincuenta. Él trabajaría en su juventud en la entonces Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Valencia. A los veintiocho años, después de una “conversión”, según sus propias palabras, ingresa en el recién creado seminario diocesano de Albacete. Nos contaba que había tomado su decisión después de haber participado en la procesión del Corpus, portando un varal del palio; era, pues, una vocación sacerdotal tardía. Al año siguiente, marchaba a Salamanca, al Colegio de Vocaciones Tardías, en cuya Universidad Pontificia se licenciaría en 1958, para ordenarse sacerdote el 13 de julio de aquel año. El Obispo de la Diócesis, don Arturo Tabera, lo destinaría al pueblo de San Pedro como ecónomo, donde ejercería por pocos meses. Posteriormente, hasta 1972, pasó como superior al Seminario Mayor de Albacete.

Paralelamente, la Iglesia Católica había iniciado un nuevo rumbo tras la apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II en 1962, por el Papa Juan XXIII, y su continuación y clausura con Pablo VI. En España, todavía nacional-católica y con Franco en el poder, la jerarquía eclesiástica parece que se resistía a todo cambio. No obstante, figuras tan eminentes como el cardenal don Vicente Enrique y Tarancón propiciaban, desde el episcopado y la base, una nueva visión de la Iglesia española acorde con los postulados conciliares. En 1972, don Alberto Iniesta fue consagrado obispo en la Catedral de Albacete, como titular de la Diócesis de Tubernuca –“*in partibus infidelium*”– y auxiliar de la de Madrid-Alcalá, que regentaba el aludido cardenal Tarancón. Otro obispo auxiliar para Madrid sería, en aquellos momentos, don Victorio Oliver Domingo que años después llegaría a Albacete como tercer obispo de la Diócesis, tras la dimisión de don Ireneo García Alonso.

Monseñor Iniesta, en Madrid, recibió la misión pastoral de la vicaría de Vallecas, donde estableció su residencia abierta a todo aquel que la necesitase. Pronto aquella zona de Madrid se convertiría en una referencia social y política, precedente claro de lo que, años después, sería la Transición política hacia la Democracia en España. Ya se dibujaban claramente líneas de contestación al régimen dictatorial establecido por el general Franco. No hemos de olvidar que, ya en 1971, se celebraba en Madrid la llamada Asamblea Conjunta Obispos-Sacerdotes donde aparecieron claras discrepancias entre el Régimen y la Iglesia, impregnada, en algunos sectores, por los ideales del Concilio Vaticano. Aquí se defendieron postulados como la libertad de reunión y de opinión, la libre creación de sindicatos al margen de los verticales, recuperación de los partidos políticos, el derecho a la huelga o la libertad religiosa y de conciencia. Numerosos incidentes, acallados oficialmente y hoy parece que olvidados, fueron protagonistas en estos momentos donde la figura de Monseñor Iniesta estaba presente.

Todavía cuando parecía que el Régimen y el dictador agonizaban, España vivía trágicos momentos como atentados, sentencias de muerte y ejecuciones. Monseñor Iniesta denunció y pidió, como lo hizo el propio Papa Pablo VI, el indulto y la supresión de la pena de muerte de la legislación, lo que le valdrían amenazas y asaltos a su domicilio, por lo que don Alberto tuvo que marchar a Roma como un auténtico exiliado político, solo por ser coherente con sus principios éticos, religiosos y conciliares. De este modo, se convertía en un "bienaventurado perseguido por la justicia".

Meses después, ya muerto el dictador, don Alberto Iniesta pudo volver a España, cuando la Transición a la democracia comenzaba a tomar cuerpo en nuestro país. Desde Vallecas, con evidente presencia del Partido Comunista, Comisiones Obreras y Comunidades de Base, tuvo siempre una perfecta relación con personalidades tales como el Padre Llanos y siempre estuvo cercano a la Teología de la Liberación. Naturalmente, don Alberto, en los años de asentamiento de la Democracia en España, siguió desempeñando un discreto papel pastoral y social tanto en su querido barrio de Vallecas como en la Conferencia Episcopal, donde trabajó en la Comisión de Liturgia y en la de Migraciones.

Después vendría la llegada al Pontificado de Juan Pablo II, la jubilación del Cardenal Tarancón y la sustitución en la Diócesis de Madrid por Monseñor Suquía. Otros tiempos... Don Alberto Iniesta dejaba su labor pastoral madrileña y se retiraba a la espiritualidad del monasterio de Pobleat. Poco tiempo después, regresaba a su Albacete natal a residir en una

habitación de alumnos del Seminario Diocesano, desde donde pasaría a la Residencia Sacerdotal inmediata hasta su muerte. En estos años, la oración y la colaboración en algunas revistas eclesiológicas junto a algunas conferencias ocuparon su labor.

A lo largo de su fecunda vida, son numerosas sus publicaciones de carácter religioso y personales (*Recuerdos de la Transición* [2002]), con más de treinta títulos a la vez de haber sido colaborador habitual, con pequeños artículos, de fuerte espiritualidad en *Vida Nueva*.

Aunque ajeno a vanidades, Monseñor don Alberto Iniesta Jiménez fue hijo predilecto de Albacete y Miembro de Honor del Instituto de Estudios Albacetenses, al que tuve la dicha de presentar como tal en 2003.

Personalmente, tuve el honor de gozar de su amistad. En mi infancia, en casa, se hablaba de aquel hijo de Iniesta, el sastre, lleno de carisma y personalidad que, con su vocación tardía, ascendió al episcopado, así como de su papel en Vallecas. Después, ya en Albacete, nunca dejé de visitarlo y personalmente, puedo asegurar que era como estar con un auténtico santo. Sus palabras transmitían bondad, equilibrio y sosiego. Se conformaba con poco, amaba la naturaleza, los animales y las plantas, y por todo daba gracias a Dios. En una ocasión me decía que tenía que dar gracias a Dios por la utilidad de la lupa, con la que todavía podía leer; tenía que dar gracias a Dios por el andador en el que se apoyaba y podía moverse levemente y por último, también daba gracias por la invención de los pañales, pues con ellos podía estar más tiempo disponible. Siempre daba gracias por la Fe. Su amor a la naturaleza le llevaba incluso a no querer ver un ramo de flores, pues consideraba que estas siempre debían permanecer en la planta sin ser cortadas, quizá ya eran manías de un anciano, pero su cadáver, mientras permaneció en aquella improvisada capilla ardiente de la residencia sacerdotal, estuvo acompañado de plantas naturales en sus macetas, al pie de la Cruz.